

Francisco José SOLER GIL, *Mitología Materialista de la Ciencia*, Madrid: Encuentro, 2013, 336 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-9920-187-0.

El autor argumenta en estas páginas tres cuestiones que considera intrínsecamente relacionadas: la existencia de Dios, el valor de la distinción entre mente y mundo y la transformación de una sensata racionalidad científica en un puro mito que pretende explicar el origen y el destino del hombre y la estructura misma de toda la realidad. En realidad, Soler argumenta al revés: el saber científico se ha transformado en algunos sectores de la opinión pública y del saber transmitido en un cuento, según el cual el mundo material es todo lo que existe y las leyes científicas expresan el origen de cada una de las cosas, porque en definitiva como ninguna tiene sentido ni destino no hay más que explicar. Este mito anula la singularidad humana y elimina la distinción radical entre mundo y mente. Dos son los campos privilegiados en los que se lleva a cabo una reducción tan drástica de la realidad: el evolucionismo interpretado mitológicamente anula la diferencia entre el hombre y los demás seres vivos y la investigación neurobiológica aniquila la peculiaridad de la libertad humana. Pero si no comprendemos de forma suficientemente precisa el ser humano no se puede alcanzar ninguna idea relevante sobre un Dios personal. De ahí que el autor sostenga la identidad entre naturalismo, materialismo y ateísmo.

Así pues, defender a Dios, construir hoy una teodicea de acuerdo con los criterios que rigen el pensamiento contemporáneo implica mostrar que «no son las teorías científicas las que deben ser cuestionadas para defender el teísmo, sino las lecturas materialistas de las mismas, tan a menudo confundidas y amalgamadas innecesariamente con ellas» (p. 113). De ahí que el nervio argumental termine de la siguiente manera: «la lectura materialista de las neurociencias, hoy por hoy, constituye un mito» (p. 206). El argumento es fuerte, puesto que la ciencia nace justamente para sacar al hombre de un saber mitológico supuesto y si, ni siquiera de eso es capaz, entonces la ciencia propiamente no existe. Pero como es evidente que la ciencia crece, incluso de modo exponencial, en las últimas décadas, entonces lo único que puede estar equivocado es la lectura que de la misma hacen aquellos que la convierten en una religión, en un mito. En sus manos la ciencia real se convierte en ciencia prometida y los problemas intelectuales y humanos pendientes se fian al progreso que el futuro necesariamente traerá. Aunque de ese modo se confunde el carácter progresivo de la ciencia con la utopía de un saber científico completo, siendo ambas cosas absolutamente incompatibles.

La tesis que expresa el título del libro puede desarrollarse en una pregunta:

«¿Qué se opone a la verosimilitud del teísmo? Ante todo la ciencia. O dicho con propiedad: la mitología materialista de la ciencia» (p. 317). Se trata de un problema cultural, no estrictamente científico: «La diferencia entre los resultados científicos y la lectura filosófica de los mismos que predomina entre el público europeo es abismal. Y, además, es inconsciente: No se percibe. Hasta el punto de que cualquier cuestionamiento del consenso materialista en torno a la ciencia ha de contar de antemano con una acogida gélida por parte del mundo académico de nuestro viejo –muy viejo– continente» (p. 299). Esta tesis no es enteramente original, pero su desarrollo es excelente: el libro proporciona información relevante sobre muchas cuestiones científicas que se encuentran en la misma punta de lanza del progreso científico, la analiza con rigor, muestra cómo puede transformarse en mito y transmitirse culturalmente, a la vez que manifiesta con precisión el coste intelectual y humano que supone dicha transformación.

La mitología materialista de la ciencia olvida o niega la admiración de la que brota y se renueva siempre el afán del científico. Así dice, citando a Freeman Dyson: «No me siento extraño en este universo. Cuánto más examino el universo y los detalles y de su arquitectura, más evidencia encuentro de que el universo en algún sentido debe de haber sabido que veníamos» (p. 269). Ese estupor que proviene de la

misma racionalidad del universo que estamos descubriendo conlleva que, como afirma con palabras de Paola Bancaleoni, «el principal problema al que se enfrenta la filosofía del presente es el de cómo tener conocimiento sin fe» (p. 309).

El argumento es importante, el desarrollo del mismo es preciso y extenso, puesto que abarca desde la evolución a las últimas teorías de la cosmología cuántica, pasando por la neurobiología más actual. Pero quizá el tono del escrito tenga un cierto regusto negativo, como asustado por lo que entrevé que puede suceder con la persona humana a manos de otros hombres. En este punto, me parece que el autor no acierta completamente. Así concluyen estas páginas: «Pienso que quizás la decisión entre teísmo y materialismo dependa en último extremo de una apuesta. Una apuesta apoyada en razones, sin duda. Pero una apuesta, al fin. En el mundo hay luz y hay sombras. Hay inicios de una racionalidad y providencia fundantes, pero no vemos con claridad. ¿No es éste el marco más adecuado para la libertad? Es preciso sopesar los datos y decidirse. Confiar en Dios o abandonarse a la desesperanza» (p. 319). Pienso que la apuesta pascaliana llega demasiado pronto, incluso para lo que parece sostener el propio autor sobre el alcance de la razón científica y de la demostración de la existencia de Dios.

Enrique MOROS

Concepción CÁRCELES LABORDE, *Educadores cristianos en la Edad Contemporánea. Estudio y antología de textos de siete autores*, Madrid: BAC, 2012, 253 pp., 13,5 x 20,5, ISBN 978-84-220-1593-2.

«El propósito de este libro es dar a conocer, a través de un estudio de autores, una parte del rico patrimonio de reflexión

y experiencia que los educadores cristianos contemporáneos nos han legado» (p. XIII). La expresión «educadores cristianos» es